



Iglesia Apostólica

El segundo de una serie de columnas sobre de "Marcas" de la Iglesia

En la Misa del Domingo profesamos nuestra fe en cuatro "marcas" de la Iglesia: "una, santa, católica, y *apostólica*". La última es la base sobre la cual las otras descansan. Porque apostolicidad responde a la pregunta fundamental a la que invita la fe religiosa: ¿sobre *autoridad* de quién crees como lo haces?

Esta es precisamente la pregunta con la que los mismos apóstoles se enfrentaron cuando ellos empezaron a proclamar a Jesús como Salvador. Percibiendo a Pedro y a Juan como "hombres comunes sin educación", las autoridades Judías en Jerusalén exigieron saber quién los había *autorizado* a transmitir el mensaje sorprendente e inquietante de la Resurrección. "¿Bajo qué poder o bajo qué nombre haces esto?" le preguntaron. "En el nombre de Jesucristo el Nazareno", Pedro respondió.

Eso tenía sentido, ya que Pedro y Juan eran reconocibles "compañeros de Jesús" desde el momento en que comenzó a predicar y sanar en Galilea, y pretendieron ser "testigos que comieron y bebieron con él después de que resucitó de entre los muertos". Él los había llamado a seguirlo, y lo siguieron. Aceptaron su autoridad sobre ellos. Mejor que cualquier otra persona, supieron lo que Jesús dijo; supieron lo que Jesús hizo. Aparte de la Virgen María, sus Apóstoles escogidos disfrutaron una cercanía con autoridad a Jesús de Nazaret, que ningún otro podría hacerlo igual.

Pero el don de esta cercanía no estaba destinado en mantenerlo para sí mismos. En las palabras de la Primera Carta de San Juan, "Aquello que . . . *hemos* oído, lo que *hemos* visto con *nuestros* ojos, lo que *hemos* contemplado y tocado con *nuestras* manos . . . *proclamamos* también a ustedes, para que puedan estar en comunión con *nosotros* . . ." Es la recepción ininterrumpida de la Iglesia de *esta* experiencia directa, vivida en palabra y sacramento, que hace su comunión para siempre "apostólica".

Porque a *estos* hombres elegidos les confió Jesús la plenitud de su propia autoridad "en el cielo y en la tierra". "Vayan, pues, y hagan discípulos de todas las naciones", les dijo, "bautizandolos" y "enseñandolos a observar todo lo que *yo* les he mandado a *ustedes*".

A este diálogo Apostólico original, Jesús quiere llamar a sus discípulos de todo tiempo y lugar. Porque "por esto podamos estar seguros que lo conocemos, si guardamos sus mandamientos [y] caminamos en la misma manera que él anduvo". Pero la seguridad de que realmente tenemos *sus* mandamientos 2000 años después, solamente puede ser nuestra si aceptamos la autoridad *Apostólica* guiada por el Espíritu, que nos los entrega a nosotros en la Iglesia de hoy. Acceso asegurado a la "forma en que caminaba" sólo se puede obtener a través de nuestro vivo enlace con los testigos que caminaron con él-los Apóstoles. Porque a ellos Jesús confió el Espíritu Santo para "recordarles *todo* lo que Yo les he dicho".

Además de este poder de atar y soltar el comportamiento moral ("A quienes les perdonen los pecados, serán perdonados; a quienes se los retengan, les serán retenidos"), Jesús también les dio autoridad *sacramental* a los Apóstoles sobre su Iglesia. "Hagan esto en memoria mía", él les ordenó. En su nombre ellos deberían bautizar, perdonar pecados,

ungir a los enfermos, y entregar a los demás lo que él les entregó: el pan de su Cuerpo para comer y vino de su Sangre para beber.

A través de los siglos el Espíritu nunca ha fallado a recordarle a la Iglesia lo que Jesús le dijo a Pedro en la Última Cena: “Simón, Simón, . . . Satanás ha pedido permiso para . . . sacudirlos a ustedes como trigo que se limpia, pero yo he rogado por *ti* para que *tu* fe no se venga abajo; y *tú*, cuando hayas vuelto, tendrás que fortalecer a tus hermanos”. En la misma hora que él instituyó el sacerdocio y la Eucaristía, Jesús confió específicamente a Pedro la *autoridad* para fortalecer la unidad sacramental de la Iglesia en contra de los asaltos divisivos del Diablo sobre el Único Pan y el Único Cuerpo. A la intención expresa de Jesús, la autoridad apostólica de Pedro para fortalecer a sus hermanos subyace el sagrado centro de la unidad católica.

“Estén siempre dispuestos para dar una respuesta a quien les pide cuenta de su esperanza”, San Pedro nos dice en su Primera Carta. Las “marcas de la Iglesia” nos ayudan a hacer esto. Bajo la autoridad *apostólica* del papa y los obispos, la *santidad* sacramental Cristiana fluye desde y edifica la *unidad católica* del Cuerpo de Cristo, para que el mundo crea la Buena Nueva de la salvación en Jesucristo.